

Nuestro deber es luchar: para una teoría de la acción

Rocco Carbone (UNGS – CONICET)

Hay algo que me atrevo a declarar: si uno supiera que el mundo va a durar 10 años, está en el deber de luchar para hacer algo en esos 10 años. Si a ustedes les afirman: tengan la seguridad de que se acaba el planeta y se acaba esta especie pensante, ¿qué van a hacer, ponerse a llorar? Creo que hay que luchar, es lo que hemos hecho siempre. ¿Y los hombres por qué luchan? Luchan por algo. ¿Y por qué dan la vida? Dan la vida por algo. Estoy seguro, porque conozco mucha gente que cuando le explican esos problemas los entienden y es lo que podemos hacer, es lo que sugiero que se haga y no nos dejemos llevar por el pesimismo.

Fidel Castro con los intelectuales, 2012

Chomski, en *The Responsibility of Intellectuals*, dice que la responsabilidad de la *intelligentsia*, una minoría privilegiada, estriba en mostrar “los engaños de los gobiernos y analizar los actos en función de sus causas, de sus motivos y de sus intenciones ocultas”, ya que a los intelectuales (creadores de cultura) se les proporciona “el tiempo, los medios y la formación que permiten ver la verdad encubierta tras el velo de deformación y desfiguración, de ideología y de interés de clase, a través del cual se nos presenta la historia contemporánea”. Dicho de otro modo, el intelectual discute con la historia. Eso puede querer decir dos cosas. Que discute con la Biblioteca. O con la lucha. Aquí vamos a postular la necesidad de un intelectual que ponga en diálogo lucha y biblioteca.

(...) hablamos desde y para América Latina. Y no hablamos por cierto para un continente abstracto, hijo de alguna de esas cartografías culturales tan adentradas en el espíritu europeo; lo hacemos para una América Latina preñada de revolución hasta los huesos. Todo, pues, *aquí*, tiene otro sentido. Incluidas nuestras limitaciones (Roque Dalton, *El intelectual y la sociedad*, 1969: 10).

Definición general. Si apelamos a Gramsci podemos decir que el intelectual se define por su *función* en el conjunto de las relaciones sociales. Ejerce una influencia, se hace portador de ciertos contenidos ideológicos, de cierta visión del mundo, de cierta posición de clase.

Desborde. El intelectual es un pensamiento de especialista que en algún momento se desborda de las prácticas, de los límites disciplinarios, y de las instituciones que lo ordenan y lo contienen. Cuando se precipita el desborde ese pensamiento antes especializado empieza a rozar el espacio social. Cuando eso sucede y el pensamiento especializado empieza a pronunciarse sobre cuestiones colectivas, de índole común, entonces estamos frente a la emergencia de un pensamiento intelectual. Ese pensamiento toma cuerpo en el debate cívico y se ejerce en el espacio social –hablando en los medios, enseñando, escribiendo, militando. Esa acción puede asumir una posición intermedia entre la política, el sistema político, que encarna la “razón de Estado” y el pueblo. O, en términos más generales, puede situarse entre el Palacio y la Plaza, asumiendo una posición intermedia. De manera más deseable, el intelectual puede declinar esa situación (cómoda) de intermediaridad y puede declinar especialmente la distancia de las agitaciones de la sociedad que lo contiene. Esto nos conduce a otro tema interesantísimo que es la relación del intelectual con el Poder.

Poder. La relación entre intelectual y poder nos permite articular una taxonomía posible. Nombro la categoría de *poder* porque, según nos recuerda Petras, los “intelectuales son muy sensibles a los cambios en el poder” (1990). En este sentido, tenemos intelectuales *enfrentados* al poder, *cooptados* por el poder (es decir, seducidos) y los que *denuncian* el poder. El enfrentamiento presupone denuncia más acción. En cambio, el denunciado queda en la denuncia. Y para evitar una teoresis innecesaria, un intelectual enfrentado al poder es Walsh frente a la Junta o Gramsci frente a Mussolini. Como nos recuerda el maestro González, Gramsci era casi un preso personal de Mussolini. El intelectual enfrentado al poder da testimonio de las miserias de ese poder, funciona como un contradictor del poder y como un perturbador del *statu quo*. Provoca ese poder para que sus entramados lógicos resulten más nítidos a la vista de su pueblo. Y en términos generales, un intelectual enfrentado al poder debería ser capaz de demostrar las incongruencias entre los valores proclamados por los gobernantes y sus políticas reales, empíricas, materiales: entre la “revolución de la alegría” y la gente que desde hace casi dos años duerme por las calles de este país sin tener un techo y con apenas una manta encima por la noche. El intelectual denunciado debería ser

escéptico y capaz de plantear públicamente cuestiones incómodas para los gobernantes y no dejarse seducir por el poder. No debería dejarse domesticar por las instituciones para mantener esa distancia que permite activar su pensamiento crítico. El intelectual cooptado pone su pensamiento (¿crítico?) a disposición del poder y crea mistificaciones (mentiras: posverdad).

Pensamiento crítico. Es una figura clave para los intelectuales y creo que podemos pensarlo bajo la figura del “extranjero” de Simmel. ¿Qué es el extranjero? Es quién llega hoy pero que mañana no se va; que si bien ha llegado, (aún) no se ha asentado. Ese extranjero es una figura que encarna *proximidad* y *distancia* respecto de las cosas pero también dentro de la sociedad en la que se ha establecido: “la distancia, dentro de la relación significa que el próximo está lejano, pero el extranjero significa que el lejano está próximo” (Simmel 2002: 211). Y proximidad y distancia el intelectual debería ejercitarlas tanto frente a un poder conservador, que es negador de la vida del campo popular –o sea: de las grandes mayorías, de los más débiles, de los menos representados, de los olvidados o de los ignorados– como frente a un poder emancipador, más caro a uno mismo. Salvo que sea la revolución: la toma del poder por el pueblo; sin que esto quiera decir tirar un solo tiro; y encaminarnos hacia el socialismo. En ese caso, habría que declinar la distancia y enfatizar la proximidad. En definitiva, el intelectual debería tener en alerta permanente su pensamiento crítico (que es una forma de la permanente sospecha). De ahí que el papel de un intelectual puede ser el de cuestionar su sociedad, tratar de prevenirla de tal o cual problema colectivo, e incluso, en los momentos más utópicos, tratar de adelantarse a ella (es el caso de Arlt con su novela, *Los siete locos* concretamente).

Marx y Gramsci. En la obra de Marx el término “intelectual” no aparece estrictamente. Él prefería hablar de “ideólogos” y la discusión sobre el papel de los intelectuales tiene una relevancia acotada a *La ideología alemana* (1845-1846), que escribió en colaboración con Engels, y a las *Tesis sobre Feuerbach* (texto más o menos de la misma época). Pues bien, si en la obra de Marx no abundan las reflexiones teóricas acerca de la *intelligentsia*, dentro del marco del materialismo, y del marxismo en tanto concepción histórica, quien le dedicó una buena parte de sus reflexiones al tema de los intelectuales fue Gramsci. Reflexiones que inscribió dentro de un análisis político e ideológico del capitalismo italiano (de la sociedad capitalista moderna) y de la historia de la sociedad italiana. De hecho, Gramsci se ocupó de los

problemas de la política y de la ideología, esto es: de la cultura de las clases subalternas y de los intelectuales. En este sentido, son más que conocidas sus reflexiones sobre la *questione meridionale*, que es una gran reflexión sobre la subalternidad del sur de Italia respecto del norte. Pues bien, en “Algunos temas de la cuestión meridional” (1926), Gramsci reflexiona sobre el tema de los intelectuales y nexa esta figura al problema de la *revolución social*. Para él la revolución social debía emerger de una alianza de clase entre el proletariado urbano y el campesinado del sur. El problema de la emancipación del campesinado meridional –según Gramsci– estaba ligado al latifundio y a la ideología de los latifundistas. Esa ideología explicada, contrabandeada, pegada a los cuerpos de los campesinos por parte de los intelectuales. De los intelectuales rurales (“tradicionales” en palabras de Gramsci): el cura, la maestra, el notario, el abogado, el médico. Intelectuales integrados al bloque agrario. Según Gramsci, los intelectuales “tradicionales” tenían la función de poner en contacto la masa campesina con al administración estatal o local.

Pues bien, mientras las grandes mayorías minorizadas italianas no formaran sus cuadros intelectuales, la hegemonía señorial-latifundista quedaría intacta: esta es una tesis fuerte de Gramsci. En su pensamiento, la ideología –y de ahí la importancia de los ideólogos– tenía un sentido y una función básica: *de orientación social y sobre todo de transformación del orden*. Ideologías e ideólogos servían para “organizar las masas humanas”, para articular el terreno de las luchas en el que se mueven los hombres (cita y paráfrasis de Gramsci, 1977: 204). La función de los intelectuales para Gramsci consistía en imprimir a su clase *homogeneidad y conciencia* en el terreno de la economía y también en el terreno político y social. Se trata de la figura del “intelectual orgánico” de una clase –en tanto “mente directora y organizadora”–, en tanto creador de una nueva cultura, de un nuevo derecho. Acaso, en términos latinoamericanos, podría ser el proyecto del “hombre nuevo”, integral, del Che Guevara. Que reclamaba unidad de teoría y práctica revolucionaria. Y que hoy para nosotrxs es el proyecto de la mujer y del hombre nuevos.

Los intelectuales, según Gramsci, constituyen aquella figura social que (ya que incorpora competencias y lleva a cabo funciones dirigentes) estructura y ordena las instituciones jurídicas y administrativas, las formas ético-políticas, el sistema educativo; brevemente: que estructura y ordena todos los aparatos de la reproducción. Sus reflexiones se amplían en los *Quaderni del carcere* bajo forma de anotaciones, reflexiones, análisis más o menos breves. Esas notas publicarán en 1949 como *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, que es una suerte de historia de los intelectuales italianos desde el Medioevo hasta el

Fascismo, y de los intelectuales en relación con el Estado moderno, la sociedad civil y la *hegemonía* (definible como la dirección intelectual y moral de una clase sobre otras; su espacio es el de la “sociedad civil”, que está conformada por una red de instituciones consideradas ajenas al poder público, como por ejemplo, las escuelas, los sindicatos, la iglesia. En este sentido, los intelectuales son los “funcionarios” de la hegemonía).

Siglo XXI. ¿Cuál es el papel de los intelectuales en el siglo XXI argentino y latinoamericano? En *Una tempestad* de Aimé Césaire, hay una figura que fue considerada como el intelectual. Es Ariel: la criatura del aire, sin vínculos con la vida material y sin ataduras de clase, que para Ponce es un humanista, “mezcla de esclavo y mercenario”, que ha conseguido alejarse del “trabajo de las manos” (2009: 76). Pues bien, frente a la tradición intelectual arielista, en la Argentina y en América Latina del siglo XXI, deberíamos recuperar la tradición de Calibán. Un intelectual a lo Calibán –que también es un personaje shakesperiano–, que simboliza la concepción colonial del “otro”: primitivo, bárbaro y diversamente pigmentado. El repugnante “monstruo rojo”, dice Shakespeare. ¿Qué quiero decir con eso? Que deberíamos poder poner en diálogo y tensión a las figuras de Ariel y Calibán para forjar el intelectual y la intelectual del siglo XXI latinoamericano. Un intelectual que entre al claustro para que salga permanentemente del claustro con el objetivo de intervenir en el mundo, porque además es imposible sustraerse al mundo. Ocho horas de biblioteca y ocho horas de Plaza. Ocho horas de biblioteca y ocho horas de canoa. Un intelectual que puede contrapuntear historia (para estar en contacto con el pasado) más presente: tiempo presente. Universal más temporal. Abstracción e idealismo *más* apasionado sentido del presente con todas las urgencias que el tiempo presente nos reclama. Esto puede ser fraseado también con la ecuación: trabajo de especialista más militancia (militamos para defender la vida). En definitiva, ese intelectual nuevo debería contrapuntear Universidad más situación, que es lo mismo que decir universalidad más pensamiento situado (ya que podemos pensar sólo en situación y dentro de una situación). O, para decirlo de otro modo, distancia y conexión: distancia de las élites –políticas o del discurso– y proximidad con el pueblo, con las personas comunes y corrientes. Y todo esto, en permanente antagonismo con las fuerzas conservadoras, para recrear un nuevo orden de las cosas. Un orden futuro y un orden –lo más rápido posible– presente que, a falta de una categoría mejor, podemos nombrar como *socialismo*. Una sociedad sin clases, sin una CEOcracia dirigente, una sociedad sustraída a la explotación capitalista y a la opresión

de las grandes mayorías por parte de las derechas latinoamericanas, que si hacen algo es negar y atacar la vida del campo popular.

¿Conclusiones? Gramsci nos decía que mientras las grandes mayorías minorizadas italianas no formaran sus cuadros intelectuales, la hegemonía señorial-latifundista quedaría intacta. ¿Qué podemos rescatar de esta enseñanza hoy en la América Latina del siglo XXI?

Las tareas que emprende el macrismo en la Argentina y las tareas que emprende la derecha en los distintos parajes de América Latina son muy complejas. Estamos frente a las convulsiones humanas del siglo XXI. En la Argentina estamos frente a una democracia siempre menos democrática. Frente a una democracia siempre más limitada. Siempre menos probable. Siempre menos creíble. Estamos enfrentados a un orden de poder CEOcrático y mafioso. No a una grieta sino a una *desgarradura*. Se trata de algo profundamente *dramático* para las grandes mayorías populares. La Alanza Cambiemos le ha impuesto a la Argentina un trauma emotivo-colectivo causado por la violencia y las políticas públicas del macrismo. Por eso es necesario e imperioso –perdonen la prepotencia– un cuerpo de intelectuales que asuma una función estratégica: el oficio de *comprender* y *comunicar luchando*. Esto es: el sumergimiento en el trabajo y en la vida. Un cuerpo de intelectuales e intelectuales que ponga a disposición de la comunidad su propio saber. ¿Con qué objetivo? Desnudar los entramados que los poderes fácticos, que los medios de comunicación convencidos, que los medios de comunicación a sueldo nos ponen delante de la cara todos los días. Un cuerpo de intelectuales que no desdeñe la militancia (sumirse en la más intensa práctica social que le sea posible). Un cuerpo que a través de la enseñanza, la oración, la escritura, la intervención pública logre articular una capacidad perceptiva y una imaginaria contrarias a los relatos de poderes que temen y atacan la vida del campo popular. Un cuerpo de intelectuales que logre dotar a las grandes mayorías latinoamericanas de modelos, de criterios de estimación y de símbolos a oponer a los relatos de los poderes fácticos que en la Argentina se encarnan en Macri, en Brasil en Temer y ahora en Bolsonaro, en Venezuela y Bolivia en la derecha proimperialista, etc. Un cuerpo de intelectuales dispuesto a trabajar para articular *esquemas de sensibilidad*. Ahí yo veo una de las competencias centrales de los intelectuales y las intelectuales. Y cuando digo “esquemas de sensibilidad” me refiero a la función de dar forma a valores emancipatorios y a potencialidades alternativas que *ya* están en la vida social de las grandes mayorías. Me refiero a un *trabajo* que debe tener el objetivo de cruzar el sistema central de valores encarnado en los discursos mediáticos y en las políticas excluyentes que padecemos

todos los días. Hay que trabajar mucho: no dejarnos llevar por entusiasmos sustitutivos del esfuerzo cuidadoso. Entonces, qué nos enseña una filosofía de la praxis: que si el Soviet ganó en la Rusia de 1917 –pues estamos a 101 años de la Revolución bolchevique–, que si ganamos en 1959 en La Habana, si los progresismos en la Argentina ganaron en 2003, en 2007, en 2011, que si emergieron Chávez en el Caribe y Evo en el Altiplano, quiere decir que los valores emancipatorios y las potencialidades alternativas están sin duda en la vida colectiva, en la vida social de las grandes mayorías; por más que en este momento haya una crisis de dirección por lo que concierne a la elaboración de principios, líneas, normas para la lucha emancipatoria. Como intelectuales creo que debemos volver a buscar esos valores emancipatorios. Es una tarea delicadísima, conflictiva, que nos reclama el conocimiento más profundo de la realidad argentina y latinoamericana. Y que nos reclama un instrumental elaborativo científicamente motivado por la biblioteca y la lucha militante. No se trata de algo sencillo. Se trata de una tarea grande: enriquecer la conciencia, entender la realidad y ayudar a transformarla. Se trata de la lucha por el futuro, por el advenimiento de la esperanza. Se trata de tomar el poder político en la América Latina del siglo XXI. No en la Argentina. En América Latina. Porque lo que tenemos enfrente en la historia contemporánea dantesca: infernal.

El modelo en cualquier idea es la realidad. Las personas no pueden (podemos) concebir algo que no hayan experimentado por sí mismas o que, al menos, otrxs hayan experimentado antes. Revisitando algunos clásicos hemos tratado de pensar qué tipo de intelectual/a ¿necesita? el siglo XXI argentino y latinoamericano. De base: crear la capacidad de ir en contra de los poderes que fomentan la inequidad y la injusticia. Hay que volver a abrir las puertas de la historia. Pero no de una historia cualquiera, sino de la nuestra. La que debe partir de las humillaciones que nos impusieron, de las discriminaciones que nos impusieron, de las persecuciones que nos impusieron: a las feministas, a lxs trabajadorxs censanteadxs, a lxs presos políticxs, a lxs jubiladxs, a lxs migrantes, a lxs explotadxs, a lxs torturadxs (Milagro), a los asesinadoxs (Rafael Nahuel y Santiago Maldonado), a todas esas personas que están tiradas en los barrios durmiendo en la calle cada noche, a la Salud, al Trabajo, a la Cultura, a las Universidades, a la Ciencia. Ya no alcanza con un golpe de pecho discursivo y sutil. Específicamente, en el campo de la Educación superior, que es un campo que nos toca de cerca, si en los últimos años populistas se impulsó la idea de democratización, en un próximo gobierno que exprese una alternativa popular, deberíamos impulsar valores como audacia, creatividad, generosidad humana. Valores opuestos a aquellos del

CEOliberalismo. Uno. Y dos: si los últimos años K fueron aquellos de la democratización, en un deseable gobierno popular, creo que deberíamos impulsar la universalización (sin desigualdad) de la enseñanza universitaria. Por ahora: Fuera Macri ya: y que no suene como una repetición mecánica de una consigna.

Bibliografía

- Chomski, Noam, *La responsabilidad de los intelectuales*. Barcelona: Ariel, 1969.
- Dalton, Roque / Depestre, René / Fernández Retamar, Roberto / Fornet, Ambrosio / Gutiérrez, Carlos María, *El intelectual y la sociedad*, México: Siglo XXI Editores, 1969.
- Gramsci, *Antología*. Ed. de Manuel Sacristán. México: Siglo XXI, 1977.
- Petras, James, "Los intelectuales en retirada". En: *Nueva Sociedad*, no. 107, mayo-junio 1990, pp. 92-120.
- Ponce, Aníbal, *Humanismo burgués y humanismo proletario*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2009.
- Simmel, Georg, *Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, Bernal (Buenos Aires): Universidad Nacional de Quilmes, 2002.